

Academia Mexicana de Economía Política, A. C.

A M E P

Disertación N° 32

*Ni Tanto que Queme
al Santo, ni Tanto
que no lo Alumbre*

Disertante:

José Andrés de Oteyza

*Colección Disertaciones
Segunda Época*

Todavía más relativos son los cambios económicos y no digamos ya los sociales, porque los seres humanos siguen necesitando de los mismos satisfactores básicos y éstos no sólo no están al alcance de las mayorías sino que en muchos aspectos se han generado nuevos rezagos, como resultado de la explosión demográfica, del deterioro ambiental y de la propia velocidad y disparidad con la que avanza el conocimiento humano. Contra lo que cabría suponer, la denominada globalización conlleva crecientes desigualdades económicas y sociales. En la medida en que se dificulta la posibilidad de dar empleo productivo a las nuevas generaciones, la meta de cerrar la brecha resulta cada vez más lejana y cunden el desaliento o la adopción de medidas extremas que no dejan de tener un sabor amargo. Al respecto recuerdo la cruel decisión china de ya no enseñar a leer a los adultos para concentrar los escasos recursos disponibles en la educación de los niños.

El reto del empleo rebasa hoy con mucho el ámbito de los países en desarrollo o "emergentes" y amenaza con socavar los cimientos de las economías más avanzadas y aparentemente sólidas. En este sentido no solo resulta angustiante la desesperación de los jóvenes en Asia, África y América Latina, sino también la de los europeos. No en balde el exitoso libro "El Horror Económico" ha calado tan hondo en la sociedad francesa y en general de toda Europa, azotada por la frustración social que genera el desempleo.

En este momento estamos experimentando el ajuste – y los desajustes – derivados del desmembramiento de la Unión Soviética y sus satélites. Se están corrigiendo abusos y distorsiones evidentes, pero no por ello se debe aceptar que esos abusos y distorsiones se vayan simplemente a sustituir por sus contrarios, por los que quieren imponer los fundamentalistas que predicán el capitalismo salvaje y el libre cambio.

Y en las palabras “predicar” y “fundamentalismo” estriba quizá el meollo del problema, pues al margen de discrepancias ideológicas – por lo demás naturales y saludables en sociedades pretendidamente abiertas y democráticas – lo que atestiguamos es lo que algunos intelectuales han definido como la transición del dogmatismo económico a la motivación religiosa. De esta forma, resulta curioso constatar cómo, detrás del discurso globalizador y supuestamente democratizante, subyace una veta ideológica autoritaria y excluyente.

De la explotación capitalista incontrolada ya se ocupó con el debido talento y brillantez en su oportunidad Charles Dickens. Sería lamentable que casi dos siglos después fueran necesarios nuevos alegatos para prevenir a la ciudadanía respecto a su reaparición. La historia no se puede desandar a esos extremos.

Lo que sí conviene recordar es que los excesos de uno o de otro signo siempre tienden a corregirse. La “ley del péndulo” no la

inventaron los analistas del suigéneris sistema político mexicano que bajo las siglas del PNR, del PRM y del PRI ha gobernado con sus tradicionales ajustes sexenales durante siete décadas a nuestro país. La ley física del péndulo se traduce en términos sociológicos en una búsqueda del equilibrio digna de mayor observancia por parte de individuos y de sociedades.

Así, en estos tiempos de cambios "radicales" en que todo parece estar cuestionado, vale la pena reflexionar hasta qué punto lo está justificadamente y, sobre todo, tratar de evitar caer en los mismos errores de ayer, de cualquier tinte que estos sean.

Hay momentos en que el avance de las comunicaciones y de la tecnología en general, la globalización, el desmoronamiento soviético y la consiguiente hegemonía norteamericana, parecieran poner en jaque la sobrevivencia de himnos y banderas, e incluso la "pertinencia" de fronteras e idiomas. Esto lo sufrimos en carne propia, y con triste frecuencia: desde la reciente aprobación en el estado de California de la ley para eliminar la educación bilingüe, es decir, en español, hasta operaciones intervencionistas como la "Casablanca", primero muy encubiertas, y luego muy publicitadas en nuestro propio territorio. De ahí que cada vez con mayor frecuencia escuchemos que los conceptos de nacionalidad y de soberanía deben revisarse, precisamente haciendo alusión entre otros a los símbolos patrios y, quizá también, con base en estos lamentables hechos. Lo que casi nunca dicen es que

siendo los símbolos de himno y bandera consustanciales a la naturaleza humana, lo que realmente pretenden no es que estos se eliminen, sino que se sustituyan por los suyos.

Este proceso de sometimiento y de concesiones unidireccionales no puede perdurar. Nunca lo ha hecho en la historia. Es tan sólo característico de una época de ajuste de cuentas y sin duda de transición.

Así como hubo abusos en el totalitarismo soviético, los hay en la prevalencia del mundo unipolar. Los excesos de hoy no pueden justificarse en los excesos de ayer.

Es en este contexto como México tiene que enfrentar los tiempos de cambio: cambio a favor de México y no en su contra; cambio para fortalecer la unión de los mexicanos y no para desintegrar al país. Eso ya lo vivimos en el siglo pasado y precisamente con los mismos protagonistas, de dentro y de fuera. El costo fue muy elevado y no debe volver a repetirse.

De aquí en adelante se trata de ser mejores y más productivos; de dar más trabajo y mejores satisfactores a los mexicanos. No se trata de perder la esencia y la personalidad propias. Mucho menos de ser objeto y no actores de nuestro desarrollo.

El desmembramiento del sistema político mexicano tradicional no debe conducir a un nuevo desmembramiento territorial del país. Las nuevas reglas del juego tienen que asumirse con responsabilidad individual y conciencia nacional.

Resulta lamentable observar un mapa de México con un norte en continua integración a los Estados Unidos, y un centro y sur que no alcanzan a definir su destino agobiados por rezagos y carencias ancestrales.

No menos grave es constatar que muchas veces – y de manera creciente – las decisiones responden más a un editorial del New York Times o del Washington Post que a un planteamiento serio de cualquiera de los sectores de la sociedad mexicana.

Hoy es inconcebible que la Bolsa Mexicana de Valores, convertida en el principal termómetro de la salud de la economía nacional, pueda moverse con independencia de lo que ocurra en Wall Street. Sin embargo, no deja de resultar absurdo que en condiciones invariables de empleo y producción, el precio de las acciones de las empresas mexicanas pueda desplomarse por que se registre un desajuste presupuestal en Indonesia, país con el que no tenemos prácticamente ningún tipo de relaciones.

La especulación financiera, de por si cuestionable, se convierte en un juego diabólico cuando ni siquiera se sustenta, aunque sea indirectamente, en activos reales. A la falta de verdaderos valores ahora se añade un malabarismo que cabría en lo que los nuevos tecnólogos han bautizado para otros propósitos como la "realidad virtual", un auténtico contrasentido.

Si bien el mas elemental pragmatismo nos obliga a no abstraernos de realidades evidentes, tampoco se trata de magnificarlas y menos de distorsionarlas hasta el punto de cambiar fotos por caricaturas.

Lo anterior también se aplica a nuestra historia, que debemos analizar atendiendo a su propia lógica y a los sucesivos contextos internacionales. En otros momentos relativamente recientes México adoptó, como la gran mayoría de los países, políticas de proteccionismo comercial y de intervención del estado en base al concepto universal de que el trato igual entre desiguales es claramente injusto. Es probable que en algunos temas, como podría ser el de las empresas estatales, el esquema se hubiera llevado demasiado lejos, pero hay que recordar que en un gran número de casos el sector paraestatal engordó porque el gobierno mexicano decidió en aquel momento preservar fuentes de trabajo y absorbió muchas empresas que habían fracasado en manos de la iniciativa privada. Otro tanto ocurrió con industrias que demandaban fuertes volúmenes de inversión

y que el incipiente empresariado mexicano de la época no estaba en condiciones de desarrollar. Ambos conceptos – salvamento de empresas y llenado de vacíos de inversión – eran consecuentes con el entorno internacional propio de la postguerra y caracterizaron las políticas económicas de los países subdesarrollados hasta bien entrada la década de los años 80's.

En la actualidad la brújula ha girado y nos encontramos en una posición casi opuesta: apertura comercial abrupta e indiscriminada, privatizaciones al vapor y la satanización de términos como “planeación económica” y “subsidios” constituyen la receta básica.

Aplicando la lógica de que la economía doméstica es igualmente válida para los individuos que para las naciones, las instituciones multilaterales de crédito han impuesto sus tesis de presupuestos fiscales equilibrados y austeridad monetaria. Lo que no se entiende tan bien es cómo en este marco de conceptos “domésticos” han podido convencer a la gente de que para pagar los recibos de la luz les conviene vender su casa, símil en el que desafortunadamente se han convertido muchas privatizaciones de activos básicos de la nación que se han terminado diluyendo en el flujo de gasto corriente, con frecuencia improductivo.

La velocidad e incondicionalidad de la apertura comercial también han hecho grandes estragos en la planta industrial, sobre todo por la

ausencia de un plan sobre la materia. Es increíble que se pretenda ignorar que países como Inglaterra, Alemania o Japón fincaron su desarrollo precisamente en una política activa de industrialización. Confiar ciegamente en la mano invisible del mercado lo menos que puede resultar es pueril.

Los grandes países industriales sólo han sido librecambistas en aquellos periodos en que las condiciones históricas los han favorecido y cuando hoy manejan el concepto de libre cambio es para imponérselo a los demás - y desde luego a los más débiles - mientras ellos protegen en la práctica todo aquello que les interesa. Los casos del atún, el acero, el cemento o el de las uvas chilenas "envenenadas", hablan por sí solos. Otro ejemplo, que ya raya en el colmo de la hipocresía, es que mientras se pregonan las virtudes del libre cambio se pretenda aplicar una ley extraterritorial para prohibir literalmente a todo el mundo comerciar con una isla.

Difícilmente podría sostenerse que Estados Unidos, la Unión Europea o los países asiáticos practican indiscriminadamente el libre comercio. Frente a una realidad tan evidente, ¿cómo es posible aceptar que mordamos el anzuelo y, lo que es peor, que nos convirtamos en abanderados de sus causas? Una cosa es acomodarse para poder convivir, y otra muy distinta promover nosotros activamente los intereses de los países hegemónicos.

La política económica nacional tiene que definirse con absoluta claridad a favor del crecimiento y del empleo productivo en nuestro propio territorio para otorgarle a nuestra población las oportunidades que con desgarradora frecuencia se ve forzada a buscar en el extranjero.

Si bien es cierto que la convivencia con la economía más poderosa del planeta es difícil y que siempre habrá un movimiento migratorio de trabajadores dadas las diferencias de remuneración, no lo es menos que el país lleva más de tres lustros con un crecimiento per cápita prácticamente nulo. En un ambiente de estancamiento generalizado el incremento de riqueza relativa se da mediante la transferencia de recursos de los grupos menos favorecidos a los de mayor poder económico. Significa intensificar el número de perdedores y que quienes ya están sumidos en la pobreza cancelen sus esperanzas de superación.

En este juego de suma cero, lo que hemos atestiguado es un gran debilitamiento de la clase media mexicana que contraría a lo que había venido ocurriendo a lo largo de varias décadas y constituye una negación de cualquier acepción que se le quiera dar al concepto de desarrollo.

Pero aún al margen de disquisiciones sobre la injusticia y de sus secuelas en términos de violencia e inseguridad, el empeoramiento en

la distribución del ingreso debilita al mercado interno y obliga a que la única fuerza motriz de la economía sean las exportaciones, normalmente insuficientes por sí solas para realizar la tarea.

Tradicionalmente el talón de Aquiles de la economía mexicana ha sido el llamado estrangulamiento del sector externo. Cada vez que se acelera el crecimiento nos estalla la balanza de pagos. Lo paradójico radica en que antes eso ocurriría cuando el PIB llegaba a tasas de crecimiento del 6.5 ó 7% anual y ahora, con un sector exportador más fortalecido, lo hace creciendo a tasas de tan sólo 2 ó 3%, como resultado del proceso de desintegración industrial del país.

A las grandes virtudes de un sector exportador diversificado, moderno y eficiente hay que sumar la reactivación de la planta productiva nacional y de la contraparte del mercado interno para así retroalimentar el círculo virtuoso de producción – ingresos – producción.

También es necesario retomar una política sensata de subsidios sociales, indispensable en cualquier medio en el que existan grandes desigualdades. Hoy el término es poco menos que un tabú, y no digamos ya el de los subsidios cruzados, como si estos no se utilizaran en cualquier gobierno, incluso por aquellos de corte conservador, y hasta en las empresas privadas.

Todo concepto fiscal entraña por principio de cuentas un régimen de subsidios en el que los que más tienen más aportan y luego los recursos se redistribuyen en el sistema. Por mas que moleste a algunos la idea, el aparato fiscal opera en todo el mundo transfiriendo recursos conforme a criterios de inspiración “socialista”.

Por otra parte, en el ámbito de la producción en las grandes industrias privadas suele asimismo haber departamentos que apoyan con sus recursos el nacimiento y el desarrollo de otros, de tal suerte que al menos en un horizonte temporal las transferencias matizan los criterios eficientistas de corto plazo.

Pretender que sin ningún tipo de ponderaciones se elimine la idea de las transferencias entre grupos y sectores de la sociedad es un contrasentido. Mucho peor es desde luego cuando al margen de la retórica oficial éstas se utilizan pero a favor de los grupos económicamente más fuertes. De nuevo una cosa es corregir abusos y otra es desacreditar la utilidad intrínseca de ciertos instrumentos de política redistributiva o, lo que es más grave, utilizarlos, vergonzante y vergonzosamente, de manera regresiva.

En la búsqueda del equilibrio es también necesario revisar algunos elementos de la política de privatizaciones que concibe a la venta de los activos públicos como la panacea que remediará todos los males económicos. No deja de resultar absurdo pretender desdibujar

las funciones y capacidades intrínsecas a la noción de estado, como lo resultaría ignorar la función complementaria del sector privado. Independientemente del discurso ideológico, lo importante es la simbiosis en la que ambos sectores cumplen con su parte en la formulación y consolidación del proyecto nacional.

Por desgracia la deshonestidad y la ineficiencia están presentes a lo largo y ancho de nuestra sociedad. Combatirlas a fondo debe ser prioritario para todos, tanto en términos morales como de productividad. Lo que no es aceptable es desconocer la generalidad del problema y creer que ello se resolverá solamente invirtiendo a los actores, puesto que en un sistema con vasos comunicantes no puede haber, en estos terrenos, grandes diferencias entre los distintos sectores de la sociedad.

Hay por realizar una enorme tarea para moralizar la administración pública, así como la hay para luchar contra la corrupción privada. A ello obedece el fortalecimiento de las instancias de fiscalización sobre las entidades gubernamentales y sobre las empresas, incluyendo las normas de control que rigen a las sociedades inscritas en Bolsa para proteger a los inversionistas de posibles desvíos de recursos por parte de los administradores. No es gratuito que hoy se designe a estas empresas como "públicas", puesto que manejan, al igual que la banca y las empresas estatales, dinero de terceros.

En cuanto al tema de la eficiencia relativa, aquí sí se podría pensar que hay en principio actividades mas propias de un sector que de otro. En ello se ha arropado el proceso de adelgazamiento del universo de empresas paraestatales que en México llegó a ser excesivo. Y sin embargo muchas privatizaciones importantes no han dado los resultados esperados en términos de mejorar el servicio y la productividad. Esto no constituye un argumento en contra de la privatización per se, pero si un argumento en contra de la ineficiencia y un llamado para que ésta se combata en todos los sectores.

Sin duda el ejemplo de mayor peso es el de la banca, un servicio operado en la mayoría de los países por el sector privado.

Desde que en México se reprivatizó la banca, hablando como sector ésta le ha costado al pueblo de México mucho dinero. La ineficiencia empresarial, y en este caso también la deshonestidad, han significado un mal servicio para los usuarios, una gran sangría presupuestal para tapar los hoyos de la cartera vencida y que paulatina, pero inexorablemente, un área vital para la economía mexicana esté cayendo en manos extranjeras.

Las cuentas del FOBAPROA rebasan ya el 15% del PIB – el equivalente a unos 65 mil millones de dólares – y el reconocimiento del Gobernador del Banco de México en el sentido de que la crisis de 1995 dejó, entre otras cosas, “bancos quebrados y banqueros ricos” es una

nueva ofensa a la sociedad. Son este tipo de transferencias económicas las que habría que evitar, en lugar de rasgarse tanto las vestiduras con la improductividad de los subsidios sociales. La gente está cansada de abusos, de impunidad y de hipocresía.

En los próximos años una de las grandes prioridades debe ser profesionalizar el manejo de las instituciones financieras, pues sin una banca eficiente no es posible sacar adelante a una economía moderna. En paralelo, y complementariamente, habrá que redefinir el papel de las instituciones de fomento, hoy también relegadas por la política oficial a un segundo plano – ahora le llaman “piso” – cuando la mayor parte de los países apoyan a sus empresas productivas y a sus exportaciones precisamente por la vía de los subsidios financieros.

Ejemplos de menor monto y trascendencia globales son los casos de la reprivatización de la industria siderúrgica, la de los bienes de capital, los ingenios azucareros y las aerolíneas, todos propios del sector privado, pero no por ello con mucho mejor desempeño a raíz de su desincorporación del patrimonio estatal, a pesar de que los precios de transferencia fueron en general escandalosamente bajos.

En el tema de los ferrocarriles habrá que esperar todavía algún tiempo para constatar hasta donde pueden realmente llegar los beneficios de las nuevas administraciones privadas en un sector

plagado de vicios de toda índole, que lo han mantenido postrado durante mas de medio siglo.

Queda para el final el caso sin duda mas trascendente: el de Pemex. Tras él están todos los intereses hegemónicos y se están ejerciendo todas las presiones.

Pemex se está defendiendo a su manera y en sus propios términos. Está inmerso, como todo el entorno, en un proceso de cambio y modernización. Su estructura administrativa se ha subdividido y se ha dado mayor transparencia a los centros de costos. Faltaría darle mayor autonomía financiera y de gestión y para ello es conveniente separarlo contablemente del presupuesto de la federación. Puede seguir teniendo un trato fiscal especial para que no sufran las finanzas públicas el impacto de su segregación, pero es indispensable permitirle una mayor agilidad operativa y de inversión, que no pueden estar atadas a las restricciones macroeconómicas del resto del presupuesto gubernamental.

Pemex vuelve a tener hoy un ambicioso programa de inversiones y hay que dejar que lo cumpla. Su prioridad estratégica y social es indudable. Sería imperdonable ponerle nuevas trabas por criterios de estabilización monetaria o de mero burocratismo.

Aquí cabe un paréntesis importante. La mayoría de las empresas paraestatales autofinanciables han sido sistemáticamente sangradas por el fisco en detrimento de su capacidad para invertir. ¿Por qué se acepta cambiar esto al privatizarlas y no antes? La agilidad y la eficiencia deben favorecerse para todos con independencia de quien sea el dueño. ASA, CAPUFE y sobre todo Pemex requieren un ajuste en su régimen fiscal que les permita invertir y crecer.

De igual modo convendría fortalecer la administración de Pemex con un auténtico consejo directivo e incluso podrían obtenerse recursos financieros adicionales mediante la colocación en el mercado de acciones de voto limitado.

Tratándose de un recurso no renovable y estratégico como son los hidrocarburos, hay que garantizar que su administración esté claramente enmarcada en la política económica general del país.

La producción debe guiarse fundamentalmente por el monto de las reservas y el abastecimiento interno. Es evidente que contamos con una muy favorable relación costos – precios, pero debe cuidarse que los recursos obtenidos por las exportaciones se dediquen a proyectos prioritarios y evitar la sobreexplotación.

Por otra parte, dentro de una elemental estrategia de diversificación de riesgos, se debe procurar no concentrar las ventas

en un solo mercado. Resulta también inconveniente que algún país dependa excesivamente de los hidrocarburos mexicanos, a fin de no abrir la puerta a argumentos de suministro estratégico.

Por último está el gran tema de los acuerdos internacionales para regular la oferta mundial del petróleo y tender así una red de protección frente a la amenaza de abruptas caídas en los precios.

Estas consideraciones rebasan por su alcance los intereses de corte comercial característicos de una administración privada. Constituyen parte medular de una política de estado y son un buen ejemplo de la diferencia que existe entre administración y gobierno, términos hoy tan lamentablemente utilizados como sinónimos.

De ahí la importancia de mantener a Pemex claramente en el ámbito gubernamental, conforme al marco constitucional vigente. De ahí también la importancia de conjugar en esta empresa estatal los criterios de rentabilidad social con la agilidad y la eficiencia administrativas. Ambas cosas son no sólo posibles simultáneamente, sino indispensables. Se está trabajando en ello y así debemos seguir.

La convergencia es el camino del futuro. Hace ya varias décadas algunos de los países más avanzados, concretamente los nórdicos, abrazaron lo que en su momento se conoció como "la economía del bienestar". En un ámbito de gran libertad individual, ésta introducía

una serie de contrapesos para garantizar a las mayorías el mínimo de satisfactores que todo ser humano reclama.

Al margen de nombres que pueden o no estar de moda, el concepto es intrínsecamente válido. En él se funden las virtudes del mercado como generador y asignador de recursos y se contrarrestan sus principales efectos negativos en términos de desigualdad.

El estado tiene como una atribución irrenunciable velar por el bienestar de sus ciudadanos y para ello no puede prescindir de instrumentos básicos como la planeación macroeconómica y los subsidios razonados y socialmente necesarios; tiene que propiciar el crecimiento económico y el empleo, al mismo tiempo que garantizar los satisfactores mínimos de salud, educación y seguridad, con todo lo que ello implica. No se pueden sacrificar unos objetivos por los otros. Por difícil que parezca hay que armonizar el conjunto para llegar a lo que los alemanes de hoy llaman "la economía social de mercado" o los ingleses el "capitalismo social".

Con todo y las reformas de los últimos lustros, Alemania, Francia, Italia o Inglaterra, siguen poniendo en manos del estado alrededor del 50% de su producto interno.

La del centro es la ruta por la que debe transitarse si se aspira a tener razonable éxito en política y en economía. La sociedad es plural

por definición y para gobernarla y encauzarla es preciso conciliar. No se puede privilegiar permanentemente a un grupo o sector en detrimento de los demás. En la búsqueda del equilibrio radica la única posibilidad de sobrevivencia civilizada.

Frente a los abusos del intervencionismo estatal de otras épocas, hay quienes ahora proponen como solución dar rienda suelta a las fuerzas del mercado. La fiebre privatizadora lleva a recomendar que el sector privado maneje hasta las aduanas y las cárceles. La opción al hermetismo económico parecería ser la apertura comercial indiscriminada, en combinación con que el estado abandone sus herramientas básicas de política económica.

Es un verdadero absurdo que se sigan pregonando este tipo de recetas extremas inspiradas o dictadas en el exterior, donde es evidente que no se las aplican a ellos mismos.

La globalización y la modernidad abren nuevos horizontes y oportunidades. Ni qué decir de la ampliación del campo de las libertades individuales y sociales. No se debe permitir que todo eso se oscurezca con un nuevo velo de sectarismo e intolerancia.

Ojalá antes que después atinemos a encontrar el justo medio. Sólo la convergencia y la conciliación permitirán que el país realmente progrese sin estridencias reivindicatorias ni desgarramientos, pero

sobre todo sin entreguismo. La soberanía y el nacionalismo, debidamente ponderados, siguen siendo valores fundamentales por los que vale la pena luchar.

JOSÉ ANDRÉS DE OTEYZA

Julio de 1998